

deformados física o espiritualmente, quienes sufren asimismo la trágica suerte de vivir bajo el sarcasmo y el desprecio de los demás hombres.

Teniendo en cuenta dicha temática podemos llegar a la conclusión de que, a diferencia de su novelística, los cuentos de Ofelia Rodríguez Acosta se remiten principalmente a situaciones individuales o excepcionales, aunque quede como trasfondo la actitud social, la cual, además, es presentada sólo como acción negativa, destructiva. Por estas razones afirmamos que lo mejor de esta narradora son sus novelas, a las cuales debe su prestigio de escritora comprometida con la sociedad de su época.

Ofelia Rodríguez Acosta escribió su primer libro cuando sólo tenía veinte años, mas sin negar que está bien escrito, y que el estilo tiene frescura y fluidez, lo que nos interesa de *Evocaciones* es cómo la escritora entra en la narrativa no para hacer conmovedoras historias de amor con hermosas desdichas y soberbios galanes (o viceversa, que al cabo es igual), que alcanzan generalmente un *happy end*; no le interesa a la joven Rodríguez-Acosta hacer literatura lacrimógena para complacer el gusto femenino de las lectoras de su época y continuar la tradición de la literatura femenina en boga, lo que motivó que a raíz de la publicación de este libro se comentase en el periódico *El Mundo* que la autora había roto con las costumbres educativas de las mujeres cubanas y que por esto se había convertido en una "bolchevique", o sea, acreedora de todas las prevenciones sociales.

No encontramos aún en esta primera obra a la luchadora social y política, a la militante feminista —como tampoco hallamos el estilo enérgico, la imagen viril, ni los personajes bien trazados de sus obras de madurez. No obstante, de *Evocaciones* parte la evolución de su pensamiento: todavía habla aquí, según su educación cristiana, de deber hacia el prójimo, del papel del individuo en la "gran máquina universal" y de la necesidad de amar a la Humanidad. Aún no valora la lucha del hombre por el bienestar colectivo en términos de lucha social ni de deber patriótico, sino como deber humano atemporal, como lo predica la religión.

Pero la autora trasciende los límites de esa educación cristiana y —es aquí lo más importante— se rebela contra el dogma religioso y contra la exagerada práctica cristiana: ella no está contra la fe, sino contra todas las falsedades que abarca. Hay asimismo, en la segunda parte del libro, algunas ideas sobre la igualdad sexual y sobre los derechos de la mujer cubana que anuncian su línea feminista futura.

En 1926, cuando aparece *El triunfo de la débil presa*, ha quedado atrás el sentido cristiano del deber que se sustituye por la responsabilidad del hombre frente a la patria y su historia. Sus opiniones en relación con la mujer, las expone a través de Fabiola, la protagonista, y de su relación con el resto de los personajes principales.

Con respecto a *La vida manda*, creemos que a la representatividad histórica de Gertrudis, la protagonista, y a su posición de vanguardia dentro del pensamiento ético-social de la etapa, se debe gran parte del éxito alcanzado por esta obra, que fue considerada por toda la crítica como su mejor novela.

Puede afirmarse que fue la primera novela donde esta autora desarrolló, de principio a fin, una idea central con adecuado rango literario, de manera que apenas puede percibirse la necesaria subordinación del argumento a dicha idea. Esto nos induce a definirla como novela de tesis, ya que lo más importante en ella es la denuncia de la inferioridad injustificada de la mujer en aquella sociedad y la defensa de su derecho a la liberación económica, político-social y moral.

*En la noche del mundo* (1940) mantiene la importancia ideológica de las obras anteriores; además define su procedimiento que venía ensayando desde 1922: la exposición de las ideas contemporáneas a través de diálogos entre personajes que polemizan desde posiciones antagónicas, con lo cual nos informa del pensamiento vivo de la época.

En nuestra opinión, 1943 marca la etapa cumbre de Ofelia Rodríguez Acosta como novelista, pues ese año da a la luz su novela mejor y más extensa, *Sonata interrumpida*, narración coherente de principio a fin, escrita con medida y elegancia sin llegar a la perfección técnica, pero con habilidad en el manejo de la trama, rica en sucesos y en el trazado de los personajes, los más numerosos de todas sus narraciones.

En ninguna otra obra se aúnan tan cabalmente sus experiencias personales con el propósito ideológico de su narrativa, la calidad literaria de ésta y la habilidad de su profesión periodística. De ahí esa amena novela rica en ideas y en datos autobiográficos e históricos, dinámica a pesar de su extensión.

Si en algunos momentos de sus novelas —dado el fervor de la prédica puesta en boca de determinados personajes— pudimos suponer que Ofelia Rodríguez Acosta quiso la destrucción del capitalismo, al leer *Sonata interrumpida* no podemos dudar de que no fue así. Como testigo de su época, odió la guerra; como intelectual de avanzada, simpatizó públicamente, a la manera de ciertos liberales burgueses, con la revolución bolchevique; pero de ahí a traicionar sus intereses de clase, había aún una distancia enorme que ella no llegó a sobrepasar.

En su última novela, *Hágase la luz*, la escritora muestra y critica la posición existencialista, movida por su inquietud y responsabilidad ante la influencia de estos modos pensantes y artísticos en la juventud. Cada uno de los personajes —más que personajes diríamos direcciones teórico-filosóficas o formas del ser, según el caso— está concebido en función de

demostrar la falsedad de las ideas existencialistas, único propósito de la obra, en la que no se advierte siquiera la preocupación de la autora por escribir una novela.

¿Fue Ofelia Rodríguez Acosta la mejor novelista de su generación, como se afirmó en ocasiones? Por las fallas técnicas que no llegó a superar definitivamente y porque las más de las veces la teoría social subordinó y aun opacó al acontecer novelesco, respondemos que no lo fue. Mas porque en su obra se vieron reflejados los principales problemas epocales, podemos afirmar que tiene el gran mérito de haber sido la novelista más comprometida con el pensamiento político, social y filosófico de su tiempo, a cuyo servicio destinó casi la totalidad de su creación con la aspiración de poder contribuir al mejoramiento de aquella sociedad en la que tanto había que transformar.

Como señalábamos al inicio, el impulso del feminismo, más la insostenible situación nacional de los años treinta, radicalizó la visión de cierto número de ellas, de ahí que sean presencia común en muchas obras la crítica contra el racismo, la denuncia de la intrusión yanqui en Cuba, que en ocasiones asume franco carácter antimperialista, y la protesta enérgica contra los crímenes y la corrupción del gobierno de Gerardo Machado; de igual modo, son frecuentes las manifestaciones de amor patrio y de antibelicismo; muestra de ello son las novelas de Surama Ferrer y de Irma Pedroso.

Surama Ferrer se inserta en la línea de las narraciones feministas con su novela *Romelia Vargas*, aunque esta obra bien pudiese ser clasificada dentro del grupo de las narraciones de tema político pues supera en profundidad ideológica al resto de las narraciones femeninas y feministas de la época.

Cada uno de los personajes de la obra encarna un elemento social diferente, trazado con interés y veracidad por la autora, quien logra convencernos de la representatividad histórica de los mismos. Todos aparecen divididos en dos grupos antagónicos de acuerdo con su actitud hacia la lucha revolucionaria contra el gobierno de Machado: los que luchan de una manera u otra para derrocar la tiranía y los que se oponen a esa lucha de forma activa o pasiva. Los primeros, cuyo principal objetivo es la liberación nacional y el bienestar de todos, vencen al final. Los otros, los asesinos o los indiferentes que sólo piensan en su beneficio, son derrotados. Cualquier otro conflicto individual entre ellos, planteado al inicio de la novela, se diluye al transcurrir la acción en el conflicto colectivo, eje central del argumento.

Aparte de este aspecto central de la novela, pero en íntimo vínculo con él, encontramos el propósito feminista de la escritora, quien defiende en la

figura de Romelia, la protagonista, el derecho de la mujer a igualarse con el hombre en todos los planos —el ideológico, el socio-político, el laboral y el sentimental—, merecido por la capacidad intelectual y física de la misma, por su disposición para el sacrificio y su nobleza admirable, demostradas a través del personaje principal como enérgica exhortación a la liberación femenina, que puede resumirse en las siguientes palabras introductorias de la novelista:

En realidad no sé cuando la mujer cubana dejará de ser un manojo de margaritas. No sé cuando las cubanas bellas y las cubanas feas y todas las cubanas, se enfrentarán animosas a nuestra absoluta y escueta realidad de pueblo crisol de razas, de costumbres, de cultura, llamada a ser primerísima si se desviste de fajas y sayones inútiles. Si se empina y crece en completa intemperie de ideas.

Lo mejor de *Romelia Vargas*, como en las obras de Ofelia Rodríguez Acosta, es la voluntad de ofrecer el testimonio histórico de una etapa —los últimos años de la tiranía machadista— fundamental por las consecuencias que trajo para la definición y radicalización ideológicas de muchos sectores, que a partir de la lucha común descubrieron las causas de los principales males que afectaban a aquella sociedad: la penetración del capital norteamericano, la corrupción e injusticia del gobierno, la desigualdad de clases, de sexos y de razas.

A pesar del desequilibrio argumental que presenta la novela entre el plano de ficción —los sucesos de la familia Vargas— y el plano histórico, que ocupa el grueso de la misma, pensamos que se logra con habilidad la integración de ambos planos, de manera que uno no entorpece el desarrollo del otro sino que lo complementa.

Desde el punto de vista literario, la obra no posee grandes méritos: por momentos la trama se debilita opacada por el análisis ideológico y la narración se vuelve monótona, asfixiada por la ausencia de tensiones en el desarrollo de la acción y el tono discursivo que se mantiene casi a todo lo largo de la novela. En cambio, no puede negarse la actitud de la escritora en el manejo de los diálogos dinámicos, de vivo lenguaje, como si fuesen extraídos de la conversación cotidiana, y en la concepción de los personajes, así como el aliento que sustenta la novela, la de estilo más viril en cuanto enérgico, de toda la narrativa femenina realizada entre 1923 y 1958.

Por su parte, y precisamente por el interés ideológico que posee, queremos destacar en esta línea feminista una novela punto menos que desconocida: *Sombras de pueblo negro* (1940), de Irma Pedroso.

La protagonista, Iris Manuela, es una joven mestiza que por su temprana orfandad es criada por blancos que desprecian su raza y se la ocultan